

Introducción

Ustedes se preguntarán: “¿Por qué este escritor, crítico literario y periodista cultural elige presentarse en una introducción?”. Considero que, además de ser un gesto de buena educación, suele orientar a los lectores acerca del artículo que van a leer a continuación. Particularmente en este caso, con contenidos tan específicos. En esta introducción, en lugar de referirme acerca de mis cuentos y mis poemas, de cómo realizo mis entrevistas a escritores y escritoras o mis reseñas de libros, me gustaría evocar al protagonista del artículo: un precursor de los derechos de las mujeres. Él se llama Poullain de La Barre, fue de nacionalidad francesa, y debió enfrentar duros retos en su vida por las ideas que defendió en esa empresa que se propuso. Padeció persecuciones y fue repudiado por su familia. Escribió y vivió a contracorriente de su época. Pero también sembró.

En mi formación, estudié la carrera de Letras en la Universidad de La Plata, Argentina, donde me doctoré. Y si les digo esto es porque mi tesis de Lic. y de doctorado fueron sobre dos escritoras argentinas, ambas feministas. En mi caso no las elegí (creo) solo por ese motivo, sino porque sus poéticas me resultaron atractivas, cautivantes, con contenido, personas progresistas y además sumamente seductoras. Una tesis doctoral insume alrededor de cinco o seis años de investigación. Y yo iba a estudiar durante mucho tiempo acerca de un mismo tema, acotado y a fondo. Convenía que las autoras reunieran estas características estimulantes. Lo cierto es que en este marco seguí seminarios de posgrado sobre género con énfasis en estudios sobre la mujer. Y una de las expertas más importantes de Argentina en este campo de trabajo, doctorada en la Universidad Complutense de Madrid, ganadora de premios y becas nacionales e internacionales, entre ellos el Konex Diploma al Mérito, fue mi co-directora de tesis doctoral. Se llama María Luisa Femenías. Ella me hizo pensar en profundidad acerca de temas vinculados al género desde la teoría. Porque mi formación era en estudios literarios. Conocimientos muy diferentes. Ella compiló un libro, *Feminismos de París a La Plata* (Bs. As., Ed. Catálogos, 2006), con un conjunto de artículos de varios investigadores (varones y mujeres) para el cual yo aporté un artículo sobre Simone de Beauvoir, la escritora y filósofa francesa, conocida como existencialista francesa, autora del tratado feminista considerado el más influyente del siglo XX: *El segundo sexo* (1949), publicado en dos tomos. Creo que a partir de este punto de partida, se entenderán muchas cosas, de lo que a continuación, si son gustosos, podrán leer.

"Matices en el tema género: Poullain de La Barre"

Por Adrián Ferrero

Pese al aparentemente invencible y todopoderoso sistema patriarcal, del que tanto hemos oído hablar, que tantos estragos ha venido causando (no solo entre las mujeres) hay todo un abanico cada vez más amplio y más variado de varones atentos, permeables, considerados, con deliberada actitud de escucha hacia las mujeres. Algunos nucleados en equipos de investigación, otros en instituciones vinculados a la violencia de género a la par de las mujeres, entre otras variantes.

Concretamente en el caso de los críticos, hay una deliberada y genuina intención por interrogar las poéticas de las escritoras (así como las de otros varones que no se pliegan a esos principios de exclusión y violencia de género desde la escritura, quiero decir, con ideas claras respecto de las relaciones de poder) y sus intervenciones públicas, su Historia tanto como sus rebotes en el presente, con la intención de neutralizarlo o, incluso, de combatirlo. En otros casos, se trata simplemente de curiosidad por sus estéticas que son tan plurales y de una infinita riqueza. Ello ya ha configurado un corpus de considerables dimensiones sienta las bases de una tradición. Ya no se trata del varón patriarcal (para el caso en el seno del sistema literario), que acalla a la mujer, sino el que, muy por el contrario, la pone en un primer plano o acaso en un plano de igualdad para interpretar su voz. Hay varones que no somos dogmáticos (hablaré en primera persona), ni admitimos tampoco la denigración de la mujer (ni de otros varones) bajo ningún punto de vista. Tampoco la mordaza sobre su voz ni la de los niños y niñas. Existe toda una tradición de varones que han colaborado con las mujeres en el trabajo de organización del legado femenino en la poética, en la reivindicación de sus derechos, adoptando una posición interventiva elocuente y poderosa que nada guarda de patriarcal en sus prácticas sociales ni en su ideología, que han tenido que enfrentarse al patriarcado, también ellos, para poder realizar esa tarea ímproba, pagando por estas prácticas en ocasiones altos costos. Son una tradición crítica, evidentemente, de patrones autoritarios de su propio sexo. Seguramente habrá algún resabio de esa cultura patriarcal que perviva en ellos. Esa que por una inercia cultural de naturaleza diría prácticamente inevitable, atávica, se porta pese a nuestra resistencia a que eso ocurra. Pero al mismo tiempo quienes hemos sido educados (como en mi caso), ya desde nuestros abuelos, desde nuestras cunas, en una cultura familiar en la que estuvo ausente el paradigma machista, en la que se vieron otras cosas, se configuraron otros pactos, se contribuyó a crear otras identidades, que tuvimos abuelas universitarias, una genealogía que nuestros padres y madres prosiguieron en una estricta línea de paridad, equidad y nos han inculcado tanto a nosotros como a nuestros otros hermanos varones, aunque no se consagren a la crítica, a la teoría o al arte literarios sino a otras prácticas sociales, que disfrutaban de prácticas de esparcimiento como el fútbol, prácticas por excelencia viriles, que parecían patrimonio excluyente de ese sexo, el cambio resulta manifiesto y es de naturaleza me atrevería a decir que inexorable. El sujeto varón se autoconstruye a partir de allí, tomando como punto de partida la cultura familiar en la que se educó, se formó como sujeto de cultura y luego a partir de las decisiones de las que se haga cargo con sentido de responsabilidad y consciencia de sí.

Me atrevería a dar un paso más allá: el cambio social no solo resulta manifiesto, sino que se avanza día a día hacia nuevas perspectivas de progreso. Ser varón no es destino en el sentido de ser un patriarca. Sino en todo caso confiere una identidad (de variable conducta) que tiene que ver con ocupar un cierto lugar relacional en la sociedad, respecto de otros varones y de ¿alteridad en la relación con la mujer si así se prefiere? sin por ello inferiorizarla de modo que él y sus posibilidades o aptitudes determinarán cuál es ese lugar que decide asignarle desde la dignidad en primer lugar. Y que tendrá, al menos en mi caso, prácticas sociales inspiradas por una ideología que no será precisamente la de la dominación. Pero también estará marcado por su decisión y su poder de determinación, por su temperamento, por su voluntad de informarse, formarse, conocer a fondo las tradiciones que acabo de citar (en ambos sentidos), estar al

tanto, actualizarse, estudiar y producir tanto crítica como teoría en torno de estos temas (entre varios otros que puedan también interesarle o apasionarle, como en mi caso, que nada tienen que ver con el género). Ser varón no es sinónimo de ser un patriarca dominante: su estereotipo. Sino, en todo caso, pertenecer al sexo que sí ha gobernado la Historia por la fuerza, también por excelencia, perjudicando indudablemente a la mujer, entre otros grupos, ubicándola en un lugar denigrante de la cultura, silenciándola, aun cuando haya algunas que dieran la impresión de ser adoradas pero cuya veneración encubre una profunda humillación que las confina al lugar de objeto de culto y no de agente de pensamiento, de ideas o de cambio. Son escasas esas excepciones en tal ámbito. Las divas a las que tanto representó literariamente confiriéndoles protagonismo en sus novelas Manuel Puig no eran necesariamente las mujeres que resultaban demostrar mayor potencia sobre el varón, sino las que eran, en todo caso, adoradas en su dimensión más frívola: la del glamour. La producción de literatura por parte de las mujeres es riquísima y viene de una historia en la que mencionaríamos a Safo de Lesbos como un hito transgresor importante en Occidente, en la Grecia clásica, por varios motivos (entre otros su sexualidad, no únicamente desde el de su condición de sujeto femenino letrado). No obstante, ha habido muchas otras, que se han colado por entre los intersticios de ese bloque inamovible que parecía ser el sistema patriarcal acallando voces, pero sin embargo pudiendo expresarse, con todas las dificultades y obstáculos en su contra. Pero lo han logrado sembrando la semilla de lo que vendría. No hace falta referir ni narrar esa parte de la Historia que nos resulta más familiar a nosotros que aquella más remota. Pero sí señalaría como dos puntos de inflexión ineludibles a Virginia Woolf y a Simone de Beauvoir. Se trata de dos nombres insoslayables y de dos voces (sobre todo) que en Occidente abrieron brecha con dos plumazos demoledores. La primera con obstáculos como la enfermedad mental y la heterodesignación de la mujer en una Inglaterra victoriana que era represiva con límites manifiestos. Hubo también desventajas en cada trabajo que emprendía por parte de los espacios que la editaban por ser mujer, debiendo formarse en las bibliotecas de su familia. Con todo su dolor, salvo la colaboración de su talento y su educación impecables, su laboriosidad sin par, su ideología libertaria e iconoclasta, ella logró abrirse paso y dejar sentadas las primeras bases de lo que generaciones de mujeres posteriores proseguirían. La segunda, desde una posición combativa, ya habiendo ingresado en la Universidad, con cultura universitaria pero no académica, atacó en varios la ideología burguesa y a las personalidades más conservadoras, además de su indetenible capacidad de trabajo. De allí su sobrenombre: "Castor", la laboriosa, con motivo también de que su apellido en francés se parecía en la grafía y la fonética a la de ese animal. En fin, matices. A los que conviene estar atentos, porque precisamente es Simone de Beauvoir la que sintomáticamente inicia el tomo I de *El segundo sexo* (1949) con un epígrafe de un varón, Poullain de La Barre. Poullain de La Barre (París, 1647-Ginebra, 1725) tuvo mucho para decir acerca de la igualdad entre los sexos en su época, estando a la avanzada de un movimiento y toda una serie de estudios que recién se abrirían camino definitivo en el siglo XX.

Poullain de La Barre fue una personalidad letrada llena de temeridad. Como la de todas estas precursoras. Salvo que fue un varón del siglo XVII. Él dijo: "Todo cuanto sobre las mujeres han escrito los hombres debe tenerse por sospechoso, puesto que son juez y parte a la vez". Con esta frase abre *El segundo sexo* (1949) la escritora Simone de Beauvoir, el que es considerado el

libro feminista más influyente del siglo XX. No deja de asombrar, por lo tanto, como dije, ese epígrafe a modo de pórtico del libro, la voz de un varón. De un varón disidente contra la violencia tanto simbólica como física que sobre las mujeres se ha escrito, dicho o ejercido sobre sus cuerpos. O sobre los responsables de su silencio. Y pensaba yo que cada escritor o escritora evidentemente se inscriben en una tradición. En un grupo de personas que les precedieron y que sentaron las bases de lo que serían y de lo que harían ellos y los que eligieran hacer los que vinieran detrás. Si plegarse a sus propuestas, sus actos, sus ideas o, por el contrario, seguir otras. Y que en cierto sentido indicarían el camino a seguir. He consagrado una parte de mi vida, entre varios otros temas e intereses, a defender los derechos de las mujeres. Fundamentalmente en contextos de estudio académicos en el área de Letras, en el campo de los estudios de género. Pero también con colaboraciones para medios de periodismo cultural o dictando cursos en forma particular. Y pensaba que este varón, que nació en 1647 y murió en 1725, evidentemente puede ser perfectamente considerado una figura que se ajusta a la de una tradición dentro de la cual me inscribo como varón que busca la equidad entre ambos sexos. Incluidos los casos de transgénero, como bien me hizo notar mi hija cierta vez al explicarme que en una de mis argumentaciones no salía de la lógica del binarismo sexual.

Pero vamos a las cosas. ¿Quién fue y qué hizo Poullain de la Barre? Poullain de La Barre (París, 1647-Ginebra, 1725) fue un escritor, sacerdote, filósofo cartesiano y precursor del feminismo. Nació en el seno de una familia burguesa. Se formó desde niño para la carrera eclesiástica a que su padre lo había destinado. En 1663, con 16 años de edad, obtuvo el grado de maestría. Tres años después, en la Universidad de la Sorbona, alcanzó el grado de bachiller en Teología e inició los de doctorado en Teología. Participó en los debates intelectuales más acalorados de su época, tanto de los que se desarrollaban dentro de las aulas de la Universidad como de los que, por diversas razones, eran cuestiones excluidas de la institución académica, leídas y discutidas en las calles y salones parisinos de la época, espacios de libertad y emancipatorios. Así fue como entró en contacto con las nuevas corrientes cartesianas y gasendistas, llegando a convertirse a la nueva filosofía, hasta el punto de abandonar sus estudios de doctorado. Fue ordenado sacerdote católico, pero en 1688, se convirtió al calvinismo, siendo, por ello, repudiado por su familia. Fue perseguido y, después de la revocación del edicto de Nantes en 1685, tuvo que huir, hecho que le valió no solo el repudio familiar sino además el ser perseguido y finalmente tener que huir a Ginebra. Acogido como ciudadano en Suiza, allí se casó, tuvo dos hijos, y se dedicó hasta el fin de sus días a la enseñanza. La cuestión de la libertad religiosa fue central en la vida de Poullain y marcó su trayectoria vital e intelectual. El otro gran tema, por influencia del preciosismo, fue la polémica sobre la naturaleza y situación de las mujeres. En los salones literarios entra en contacto con el movimiento Preciosista y las querellas de las mujeres. Las aristócratas cultas cuestionaban la autoridad marital, pedían el acceso al mundo intelectual, a las Academias, apoyaban el desarrollo de la lengua francesa, etc. Promovieron la consolidación del francés como lengua moderna y viva frente a las lenguas muertas que excluían del saber, por no ser conocidas, a la mayoría de la población, especialmente la femenina. En París publicó en el año de 1672 *Rapports de la Langue latine avec la Langue française, pour traduire élégamment et sans peine (Las relaciones entre la lengua latina y*

el francés) haciendo una encendida defensa del francés como lengua moderna. En 1673, hace aparecer anónimamente *De l'égalité des deux sexes, discours physique et moral où l'on voit l'importance de se défaire des préjugés* donde demuestra que el trato desigual que sufren las mujeres no tiene un fundamento "natural", sino que procede de un prejuicio cultural. En opinión de Célia Amorós esta obra es "un tratado donde se extraen con una lógica impecable las derivaciones, en relación con los derechos de las mujeres, de la lucha cartesiana contra el prejuicio, el argumento basado en la autoridad, la costumbre y la tradición (...). Apoya una educación totalmente igualitaria". En otra de sus obras, siempre anónimas, *De l'éducation des dames pour la conduite de l'esprit dans les sciences et dans les mœurs*, Poullain de La Barre prosigue la reflexión sobre la educación de las mujeres. Poullain preconiza que las mujeres reciban una verdadera educación que les abra las puertas de todas las carreras, incluidas las científicas. Unos años más tarde, en su obra *De l'excellence des hommes contre l'égalité des sexes*, defiende con ironía el punto de vista sexista que prevalecía en su época. Ridiculizando los argumentos patriarcales espera llegar a un mayor número de personas. Se considera que la Primera obra del feminismo comienza con la de Poullain de La Barre *De la igualdad de los dos sexos*. En este libro la mujer pasa a ser, por primera vez, sujeto epistemológico. Este filósofo es la senda perdida entre Descartes y Rousseau. Anticipándose a las ideas principales de la Ilustración critica especialmente el arraigo de los prejuicios y propugna el acceso al saber de las mujeres como remedio a la desigualdad y como parte del camino hacia el progreso y que responde a los intereses de la verdad. Según Célia Amorós, "para Poullain, pues, el feminismo -avant la lettre- era un verdadero test de filosofía, de honestidad epistemológica y de autoexigencia ética y cultural". Ya vemos, una figura no solo precursora que siembra una profunda meditación acerca de cómo ciertos varones pueden, con sentido de apertura y generosidad, desprendimiento y desprejuicio romper con las barreras de educación que les han sido inculcadas o, inclusive, impuestas. Así como Poullain de La Barre fue alguien que sin ser mujer defendió al sexo al que no pertenecía, bien puede ocurrir a la inversa. Y también este varón rompe con algunos lugares comunes y estereotipos acerca de que todo varón aspira a la dominación o a una conducta represiva hacia la mujer. Poullain de La Barre, con un alto nivel de preparación y una argumentación impecable, demostró que la ilustración puede servir, entre otras cosas, para la libertad y para la igualdad. Desde épocas muy tempranas. Cuando aún el feminismo no estaba siquiera sistematizado como corriente ideológica.